

Una Revista Literaria.

No sé si vivirá todavía; pero allá por el otoño de 1895 empezó á ver la luz, y en Agosto de 1896 aún se publicaba en la ciudad de Buenos Aires, una Revista quincenal con ilustraciones, que se titulaba *La Revista Literaria*.

Así, como ustedes lo ven: *La Revista Literaria*. Con su LA y todo, para dar á entender que no hay otra, que es la única, ó cuando menos, que es la principal, la mejor de todas las revistas literarias habidas y por haber, la revista LITERARIA por excelencia...

Y ¡si vieran ustedes qué literaturas suele gastar la tal *Revista Literaria!*...

Voy á coger un número cualquiera de entre los que tengo á mano, y ustedes juzgarán del valor de las literaturas que vayamos descubriendo...

Ha salido el número 17, correspondiente al 15 de Mayo del año de 1896, y lo primero que trae, después de unas *frases cortas* de poco numen, es una *cosa* que se titula *similia similibus*, firmada por Miguel Izaguirre Valero.

Empieza así:

«Había tenido *negros* dolores pensando en los sabrosos besos de *su boca roja*»...

Ustedes creen que la *boca roja* es de la misma persona que había tenido los dolores *negros*... y hacen ustedes muy bien en creerlo así, porque así se lo dice á ustedes la sintaxis... «De *su boca roja*,» y no hay otro sugeto á quien pueda pertenecer el *su* más que el que había tenido los dolores *negros*...

Pues con todo eso se equivocan ustedes: la *boca roja* no es del mismo de los dolores *negros*, sino de otra persona, según se llega á saber más tarde, mucho más tarde.

Por lo pronto conténtense ustedes con saber que no se sabe quién «había tenido *negros* dolores pensando en los sabrosos besos de *su boca roja* como un tulipán, y de dientes menudos y blancos como una sarta de diminutas perlas»; comparación bonita y nueva, sobre todo nueva, acabada de estrenar hace unos cuantos... siglos.

Y sigue la *cosa*, diciendo que, no se sabe quién

«Recordaba *sus* perfumes favoritos.»

Donde también parece que los perfumes favoritos son del mismo que los recordaba; pero tampoco será así.

Por último se llega á saber que, en efecto, ni la *boca roja* ni los perfumes son de quien se creía que eran, porque el autor, después de decir que «*recordaba*, no sabemos quién, *sus* perfumes favoritos», añade: «el fragante aroma peculiar *de ella*.»

¿Que quién es *ella* me preguntan ustedes?... Todavía no se sabe; pero poco á poco se irá sabiendo.

Porque estos malos escritores suelen comenzar con muchos misterios, y luego lo van diciendo todo, todo, aun lo que no debe decirse.

«Recordaba sus perfumes favoritos, el fragante aroma peculiar *de ella*. Un aroma suave, y *en veces* enervador»...

Se dice *á veces*; pero á los escritores americanos hay que dejarles decir como acierten. ...«y *en veces* enervador, que olía á flores de la selva frescas y húmedas de rocío»...

Que es cuando menos huelen las flores, cuando están rociadas.

Vamos adelante.

«Le asaltaban deseos, *imposibles deseos* de ir á buscarla»...

Bueno; ya vamos sabiendo algo más. Ya se va descubriendo que hay en el asunto un *él* y una *ella*. Que quien había tenido negros dolores era un hombre que quería ir á buscar á una mujer»...

«Le asaltaban deseos, imposibles deseos de ir á buscarla allá donde moraba por siempre bajo la sombría quietud de un cementerio plantado de cipreses y de acacias»...

Vamos, que al hombre se le había muerto la mujer, y... el literato sigue diciendo, después de hacer punto y aparte:

«Quería tener *su* cuerpo, *su* cabeza adornada de cabellos»...

Aquí ya no se sabe de quién es el cuerpo, ni de quién es la cabeza que quería tener el protagonista. No se sabe si es su propia cabeza, ó la de la mujer, ó la del autor... aunque ésta no era fácil que la tuviera, porque...

Por algo habrá dicho él que los deseos del protagonista eran imposibles.

«Quería tener *su* cuerpo, *su* cabeza adornada de cabellos, como un haz de rayos de sol»...

¿Habrá visto el autor algún haz de rayos de sol adornado de cabellos?..

«Quería tener *sus* manos blancas...»

Pues lo que es esto no tiene nada de imposible. Tener las manos blancas es cosa bien fácil; no hay más que lavárselas con jabón,

aunque no sea de los Príncipes del Congo...

A no ser que el personaje fuera negro ó amarillo.

Y siguen los deseos:

«Quería tener de nuevo á toda su adorada muerta con sus ojos azules y su frente pálida de germana melancolía.»

¡Acabáramos!... Ahora ya se sabe que el cuerpo, la cabeza y las manos blancas que el protagonista quería tener, no eran los suyos propios, sino los de la adorada muerta, con sus ojos azules..., etc.

«¡Ah!»... les advierto á ustedes que este ¡ah! no es mío, es del literato de *La Revista Literaria*, que se admira de su propia obra.

«¡Ah!»... pero la tierra no devuelve *lo mismo* que se *le* arroja.»

Y luego comienza á decir perrerías de la tierra, que no le ha hecho daño ninguno, sino que, por el contrario, tiene la bondad de sostenerle todavía sobre su superficie al grandísimo ingrato...

«La tierra apaña, roba...»

Algo más roban algunos literatos y algunas revistas, que roban el tiempo á los lectores, por lo menos.

«La tierra apaña, roba, *gusta* todo lo que muere.»

Otro descubrimiento: la tierra *gusta*... es

decir, tiene *gusto*. ¡Quién lo había de decir!... La tierra tiene gusto... Y en cambio hay escritores que carecen de él completamente.

Así anda el mundo.

«La tierra no devuelve á las novias queridas, á las vírgenes deliciosas.»

¿El qué no las devuelve?...

Porque si el escritor no ha querido decir que la tierra no devuelve á las novias tal ó cual cosa, sino que no devuelve las novias á los novios, ha debido decirlo así, sin á; *no de las novias*.

«Y el mísero sollozaba *largamente*. Hondos gemidos se escapaban de su pecho»...

Bueno. Sollozos *largos*, gemidos *hondos*... Ya tenemos dos dimensiones, longitud y profundidad. Ya no falta para el volumen más que *latitud*... que tampoco nos falta, porque precisamente el autor es una especialidad en lo *lato* y aun en lo *latoso*.

«De pronto se calmó»...

¡Hombre!... Vean ustedes qué casualidad... ó qué disparate: se calmó de pronto.

«De pronto se calmó. *No lloraba más.*»

Como si dejáramos: *Il ne pleurait plus.*» Galicismo se llama esta figura.

Y ahora viene lo mejor del paso. Las reflexiones que el hombre se hizo cuando «de pronto se calmó» y cuando «no lloraba más.»

«¿Acaso habían muerto todas las mujeres de la tierra? ¿Él no era joven?...»

Siguen los galicismos. *¿Il n'était pas jeune?*

«¿A qué estarse *entonces* sollozante, como un contagiado de romanticismo?»

En fin, que el hombre vió mujeres «que se revolvían en piruetas (serían bailarinas) mostrando *la opulencia de sus caderas*, y se olvidó de su novia difunta, que había sido una virgen ideal... sin *majo* de ardores.»

¿Qué será esto del majo?

«Olvidóse, pues, de la muerta, dice el *literato* de *La Revista Literaria*, é hizo el amor á una *maravillosa* morena... con un cuerpo de *áticos* primores y unas manos y unos pies tan finos, tan sonrosados, que merecían *ofrendarlos como ex votos*, en el ara de la *Virgen Venus.*»

¡Dios de mi alma, cuánto desatino!

«Después... Era la noche de un baile»... y... el escritor sigue escribiendo de una manera tan inverecunda, que es imposible seguirle.

Se engolfa en la obscena y cursi descripción de la carne, como todos los americanos.

Para ellos, la poesía, el arte, es la voluptuosidad, y no hay quien los saque de ahí.

El epilogo habla de «un chico que una

servienta dejó una noche horrible y lluviosa en la acera de una calle.»

Parece que lo que la sirvienta dejó en la acera fué la noche horrible y lluviosa; pero debió de ser el chico.

Y la moral del cuento es que vivir sin ley de Dios y cometer toda clase de pecados, es la mejor receta para vivir tranquilo y ser feliz.

Debo advertir á ustedes que el autor de este esperpento no es argentino, sino venezolano, según por bajo de la firma se expresa.

Porque desgraciadamente *La Revista Literaria* de Buenos Aires no es exclusivista, sino ecléctica.

Profesa y practica una especie de eclecticismo de lo malo, y recibe y adopta lo malo de dondequiera que se lo remiten.

Vamos, que viene á ser un pozo negro que recoge todas las deyecciones literarias de todas las regiones de América.

Lo que sigue en el mismo número 17 de *La Revista Literaria* es una cosa de Rubén Darío, que si no es argentino, por lo menos vive ahora en Buenos Aires.

Esa cosa está en verso; es decir, está escrita en rengloncitos desiguales que parecen versos. Pero ni estos rengloncitos son versos, ni la cosa es poesía.

Se titula *Frank Brown*, con lo cual se queda uno enterado, por de pronto...

Después de leer los trece rengloncitos, el que tiene humor para tanto puede llegar á sospechar que el título es el nombre de algún clown; pero se queda sin saber para qué ha escrito el poeta los trece rengloncitos, como no sea para acreditar su derecho á ser recibido en cualquier casa de orates.

Dice así la... *composición*, pues de alguna manera hay que llamarla:

«Frank Brown, como los Hanlon Lee
Sabe lo trágico de un paso
De payaso, y es, para mí,
Un buen jinete de Pegaso...»

Esta es la primera estrofa, para cuya inteligencia no hace falta más que saber qué es eso de *los Hanlon Lee*, qué paso de payaso es ese del que sabe lo trágico Frank Brown, y qué quiere decir el autor cuando dice que Frank Brown es, para él, un buen jinete de Pegaso.

Y, por supuesto, después de saber todas esas cosas, nos quedaríamos sin saber nada de importancia.

Adelante. Vamos á la estrofa segunda:

«Salta del circo hasta el Parnaso...»

Frank Brown, por supuesto; y ahora se

empieza á sospechar que lo que quiso decir Rubén, cuando dijo que Frank Brown era, para él, *un buen jinete de Pegaso*, fué que Frank Brown es poeta.

¡Les parece á ustedes!...

«Salta del circo hasta el Parnaso,
Banville le hubiera *amado* así:
Sabe lo trágico de un paso

(¿Otra vez?)

Frank Brown como los Hanlon Lee.»

Ya ven ustedes si la cosa es divertida y fácil.

Pues, por ese sistema, con sólo cuatro ó seis versos, se puede hacer una composición más larga que la *Oda al Libertador*, que es cuanto hay que decir.

Con irlos repitiendo de cuando en cuando...

Estrofa tercera, y conclusión al mismo tiempo:

«El niño mira á su payaso...»

¿Si? Pues nosotros miramos al nuestro, y estamos esperando á ver si hace algún paso que sea nuevo, ya sea trágico, ya sea cómico.

A ver:

«El niño mira á su payaso
De la gran risa carmesí
Saltar del circo al cielo raso...»

Y ya se acabó todo...

Con este otro salto y esta *risa carmesí*... se acabó todo.

Porque lo que queda es la repetición conocida:

«Frank Brown, como los Hanlon Lee,
Sabe lo trágico de un paso.»

¿No es verdad que la cosa tiene sal... si se la echan?...

Voy á copiar otra vez la *composición*, íntegra, con su propia puntuación, sin comentarios ni interrupciones, para que ustedes puedan admirarla en todo el esplendor de su... sosera.

Así:

«FRANK BROWN

Frank Brown, como los Hanlon Lee,
Sabe lo trágico de un paso
De payaso, y es, para mí,
Un buen jinete de Pegaso.

Salta del circo hasta el Parnaso
Banville le hubiera *amado* así:
Sabe lo trágico de un paso
Frank Brown como los Hanlon Lee.

El niño mira á su payaso
De la gran risa carmesí
Saltar del circo al cielo raso;
Frank Brown como los Hanlon Lee
Sabe lo trágico de un paso.»

¡Y á esto llaman literatura y poesía por esas tierras de Dios!...

¡Y para publicar estas cosas hacen revistas que bautizan con nombres tan pomposos como el de *La Revista Literaria!*...

¡Ah! y por bajo de cualquiera de estas cosas suelen poner una advertencia en letras egipcias, que dice:

«TODOS LOS ARTÍCULOS Y POESÍAS QUE «LA REVISTA LITERARIA» PUBLICA, SON INÉDITOS Y ENVIADOS DIRECTAMENTE POR SUS AUTORES.»

Naturalmente.

¿Cómo no habían de ser inéditas esas cosas?..

¿Quién, no siendo sus autores, podía remitirlas á nadie?..

¿Quién las había de haber publicado antes?..

A no ser que alguna otra revista tan... revista como *la literaria!*...

Sigue en el mismo número otra cosa de otro señor llamado Alvarez, venezolano como el Izaguirre del principio.

Esta otra cosa lleva por título *La maldición*, y es, en efecto, otra maldición que cae sobre las letras.

Comienza el autor diciéndonos que «el robusto campesino labraba entusiasmado su campo,» y en seguida nos suelta lo siguiente:

«Después de muchos meses de rudo trabajar la tierra fecundada por el *germen prolífico* del humano sudor, había premiado sus esfuerzos y fatigas con *más hermosas plantaciones...*»

No lo crean ustedes. La tierra no puede premiar los trabajos del hombre con plantaciones, porque las plantaciones las hace el hombre mismo.

La tierra no planta nada, ni premia, por consiguiente, los trabajos del hombre con plantaciones: los premiará, si acaso, con el fruto de las plantaciones.

Pero el venezolano se conoce que no sabe lo que son *plantaciones*.

Él habrá oído hablar de *plantaciones*, y á lo mejor creará que son racimos ó espigas...

Porque yo no he visto gente más atrasada de noticias que los escritores americanos...

En sacándoles de la voluptuosidad, ya no saben nada de ninguna cosa.

Y sigue el señor Alvarez:

«El jefe de aquella legión armada, *hízolo ingresar á las filas.*»

No se dice «ingresar á las filas», sino «ingresar en las filas.»

Y tampoco se dice *hízolo*, sino *hízole*, ó le hizo; porque ahí el artículo no es acusativo sino dativo, y porque aunque fuera acusativo, tampoco estaba bien dicho *lo*, pues ningún

buen escritor castellano ha puesto *lo* en los acusativos animados, y menos en los racionales.

Ipandro Acaico dice, hablando de Dios, «*lo amo*», pero es porque no suele saber lo que dice en materias literarias.

- En el caso presente, reduciendo la oración á sus términos naturales, resulta que «el jefe hizo ingresar en las filas *al* labrador», y claro es que á este labrador no se le puede sustituir con un *lo*, sino con un *le*.

Hablando del hombre, sólo se podría decir, cuando más, que *lo hizo* Dios, que le crió; y tampoco eso se puede decir correctamente, porque es contra el uso, el cual ha limitado el papel del *lo* casi exclusivamente á la expresión de lo neutro.

Y sigue el señor Alvarez:

«Algunos soldados *portaban* arrogantes y gallardos los colores nacionales.»

Tampoco se dice *portaban*, sino llevaban. El verbo *portar* no se usa hoy más que como reflexivo. Se dice *portarse* bien ó mal una persona, para significar que observa buena ó mala conducta. Se usa también el derivado *portador*; pero no se usa el verbo *portar*, por llevar.

Doña Emilia Pardo Bazán ha dicho poco hace en un cuento: «Qué haces, pasmón, que

no *portas*? por decir que no *traes*. Pero hay que tener en cuenta que Doña Emilia tiene mucha tendencia á la extravagancia, y luego sabe muy poco más que los escritores americanos...

¡Con decir á ustedes que eso del *no portas* lo dijo en un cuento en que puso alas á la garduña!...

¡Lo que ustedes oyen! No crean ustedes que es broma.

Doña Emilia se conoce que había oído que la garduña persigue á las gallinas y á las palomas, y creía buenamente que la garduña era una ave de rapiña.

Y un día fué y publicó en el *Blanco y Negro* un cuento, diciendo que un cazador vió á la garduña que volaba muy alta, y esperó á que bajara un poco, y la tiró y... dice que media tres cuartas de punta á punta de las alas...

Corramos un velo sobre la ignorancia de Doña Emilia, y volvamos al venezolano señor Alvarez, que continúa su empalagosa relación diciendo:

«Su mujer, sus hijos, prendas del alma, colgáronsele del cuello *hércules*, de donde fueron brutalmente arrancados...»

¡Del cuello *hércules*...!

¡Qué adjetivos inventan estos señores!

«Tostados por las *ardorosidades candentes* de un sol de fuego...»

Basta, basta... ¡Dios mío qué calor!

Ardorosidades... y además... *candentes*, y además... *de fuego...*

Se acabó la guerra, gracias á Dios, y «una mañana clara y fría abandonaba (el campesino) la metrópoli y alegre caminaba en derecha de su choza.»

Pero...

«Ya no era aquel hombre que *gastaba testuz* de toro...»

¡Caracoles! ¡Qué cosas *gastan* en Venezuela!

«Ya no era aquel hombre que *gastaba testuz de toro* y *biceps* de atleta.»

¡Otra te pego!

«Había estado enfermo... (¡ah!) pero así y todo, caminaba con *el garbo y majestad de los días del tiempo...*»

¿Cuál será el garbo y cuál la majestad con que caminan los días del tiempo?... ¿Y qué días serán esos días del tiempo?

«Sobre sus lomos descansaba...»

¡Caracoles! otra vez... Antes le puso al pobre campesino testuz de toro; ahora le pone lomos de caballería mayor ó menor...

«Sobre sus lomos descansaba... *la cobija...*»

¡Ah! vamos... Como decía que *sobre sus lo-*

mos descansaba... me hizo creer que iba en cuatro pies y llevaba alguna persona ó cosa montada encima.

Pero ahora resulta que lo que descansaba sobre sus lomos era *la cobija* «una mugrienta *cobija* de algodón» según, dice el señor Alvarez, aunque dice mal, por supuesto.

Porque si el campesino iba andando en dos pies como las personas, la *cobija* no podía descansar *sobre sus lomos*, sino sobre sus hombros, que no es lo mismo.

Sobre los lomos de un hombre que está de pie ó que va andando en dos pies no puede descansar ninguna cosa, ni la *cobija* ni «*la capotera de viaje.*»

Esta debe de ser por allá alguna mochila, porque dice Alvarez que

«En esta (en la *capotera*) llevaba un corte de traje para la mujer y unas mudas de ropa para (pa-pa-ra) los hijos. De buena gana él hubiera cargado con tiendas y quincallas; pero todo su capital se reducía á *cuarentena de bolivares.*»

Se dice siquiera á *una cuarentena de...* etc.

Y mejor sería decir á *cuarenta*, bolivares (supongo que *bolivares* ó *libertadores* serán perros chicos, ó cosa así).

Pues aunque es común decir una *decena*, una *docena*, una *veintena*, por diez, doce y

veinte, una *cuarentena* ya no se suele decir; porque *cuarentena* tiene una acepción muy usada en medicina y en higiene, y no se suele emplear en otra, para que no haya confusiones.

En fin, el caso es que el campesino llegó á su choza y su mujer le contó que toda su hacienda había sido destruida por las tropas.

Y hablando de la vega, dice Alvarez:

«Los caballos de un escuadrón habían dado buena cuenta de ella una noche que *se acostaron* sin haber comido nada en todo el día.»

No sería verdad que *se acostaran* los caballos. Si no habían comido nada, pasarían la noche comiendo. Si se hubieran acostado no hubieran destruído más de lo que cogieran debajo.

Y termina el señor Alvarez:

«Cuando la mujer concluyó el relato... de los *apretados y temblorosos* labios del campesino escapóse *vibrante, relampagueando de cólera*, esta expresión:

«¡¡Maldita sea la guerra!!»

Amén. Y las revistas americanas.

XIII

Se salvó el país.

Ya no hay hambre, ni miseria, ni carestía, ni pobreza, ni aflicción, ni dolor, ni angustia, ni estrechez, ni desamparo, ni ninguna de cuantas cosas de esta índole aparecen como sinónimas en el famoso diccionario de Roque Barcia.

La gente de León venía lamentándose de la aflictiva situación de la capital y de la provincia, pero ya esa aflictiva situación ha desaparecido gracias á... iba á decir gracias á Dios, como se acostumbra entre cristianos; pero no, á cada uno lo suyo, gracias á la Junta directiva de la *Sociedad Económica de Amigos del País* leonesa.

¿A que no saben ustedes lo que ha ideado esa señora Junta para concluir de un golpe con todas las calamidades?...